

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA.

NOTICIA muy exacta de lo acaecido en México desde la noche del 15 de Setiembre de 1808, sobre la prision del Exmo. Sr. virey D. José Iturrigaray y su familia, hasta su conduccion á Veracruz y embarque á España, como tambien del arresto de otros sugetos que dentro se expresan.

NOTICIA EN FORMA DE DIARIO DE LO OCURRIDO EN MÉXICO DESDE LA NOCHE DEL 15 DE SETIEMBRE Y SIGUIENTE DE 1808, SOBRE LA PRISION DEL EXMO. SR. VIREY D. JOSÉ ITURRIGARAY.

DIA 15.

Hallándose este comercio muy desazonado á causa de las secretas inteligencias del Exmo. Sr. virey D. José de Iturrigaray, se conmovió y resolvió con el mayor sigilo el aprehenderlo, lo que se verificó en los términos siguientes:

Entre ocho y once de la noche fueron avisados algunos del comercio, que para las doce de ella se iba á hacer un punto de reunion en la Plaza de Armas para ejecutar la prision del virey, imponiéndoseles á los avisados pena de la vida si descubrian lo comunicado.

A las once y media de la noche ya se veian por los portales y plazas individuos de los convocados, que andaban esparcidos sin comunicarse unos á otros, cuyo punto de reunion se hizo en la Callejuela, habiéndose tomado la disposicion de recoger los

serenos de las inmediaciones entre once y doce, apagándoseles los faroles y encerrándolos en el Parian, como tambien á todos cuantos se hallaban de tránsito en la calle para evitar cualquier alboroto.

Dadas las doce y media de la noche ya se hallaba el acompañamiento de reunion en el citado callejon, en número de 500 á 600 hombres, los que se dirigieron por el Portal de las Flores con el mayor silencio. Llegaron á Palacio, y acabando de abrir la puerta que estaba entrecerrada, inmediatamente se arrojó un peloton de gente, despojando de las armas á las centinelas y guardias de aquel sitio.

Otro peloton de gente se dirigió á la guardia de caballería, se apoderó de las tres centinelas que tenia y de todas las armas, de modo que tuvieron que darlas por su propia mano.

Todos cuantos centinelas se hallaban puestos en los puntos de Palacio, fueron despojados y reemplazados con gente del paisanaje, en disposicion que donde habia un centinela se pusieron cuatro, con la orden de que á cualquier individuo que se

viese, preguntarle *¿quién vive?* y el que no respondiese ser gente de Fernando VII, dada seña y contraseña reservada, aprehenderlo.

Estando asegurados todos los puntos de abajo con sus respectivas centinelas y fuerza, se dirigieron para arriba cinco pelotones de paisanaje, dos por la escalera principal de Palacio, tres por la escalera de la vivienda del virey; de los dos primeros el uno se dirigió al cuerpo de guardia de alabarderos, el otro á la puerta de la sala que cae bajo del reloj, la cual rompieron para introducirse; de los otros tres pelotones, el uno se apoderó de la vivienda del secretario de cartas y demas familia, y los dos siguientes á la vivienda de los vireyes, cuya entrada estaba toda oscura, sin mas que un farol con una luz paveseando, por lo que tuvieron que pedir velas al cabo de alabarderos, quien presentó una hacha de brea. En este intermedio se apareció una muger desfigurada con unas enaguas en la cabeza [era la costurera], diciendo muy afligida y azorada qué buscaban, y se le preguntó que dónde estaba S. E. Replicó diciendo: que adentro sabia no estaba, y que ignoraba dónde se hallaria: el pueblo enfurecido no hizo caso de ella, y se dirigió al interior de las piezas, donde encontró tres puertas cerradas, la una con tranca y dos con llave, que fueron abiertas á culatazos de fusil, para llegar hasta lo interior de la vivienda de S. E., en la que se encontraron tres camas, dos despojadas y una con sábanas, que se registraron con espadas y bayonetas, y viendo que no se encontraba nada, se dirigieron á las piezas mas interiores, registrando cuantos rincones habia, hasta llegar al salon donde se hallaba S. E., y es el que está detras del que se celebran las juntas generales, cuya puerta estaba cerrada; y habiéndola forza-

do [á este tiempo los dos pelotones que se dirigieron por la escalera principal, ya estaban apoderados del otro punto de dicho salon] se entró otro peloton de gente y oyeron la voz del virey y su hijo que decian: *traicion, fuego, fuego*, á cuyas voces se retrocedieron, habiéndoseles apagado la vela que llevaban por delante. Inmediatamente se mandaron pedir abajo unas hachas que se llevaban á prevencion, y cuando estas llegaron, ya estaban apoderados de dicho salon por uno y otro punto, como unos cien hombres, que encontraron al virey parado junto á su cama, descalzo de pié y pierna. La cama de su hijo el grande que le acompañaba, estaba en un rincon de otra pieza, con cuyo motivo trató este mozo de hacer fuego con una pistola; pero fué sorprendido con cuatro en los pechos, diciéndole que la mayor tajada de su cuerpo habia de ser como un maravedí, en caso de que hiciese fuego; entónces le gritó su padre: *Pepe, estate quieto*: inmediatamente fué agarrado el virey por el pueblo, llevándolo á que se sentase en una silla de las que estaban dispuestas para la junta que se habia de haber celebrado el 16 por la tarde. Se le dijo que se vistiese, y respondió: «Señores, ¿qué es esto, qué novedad es esta?» Se le replicó: «á aprehender á V. E.» y preguntó: «¿de orden de quién?» A que se le dijo: «de orden del rey, por traidor á la religion, á la patria y á nuestro soberano Fernando VII.» Luego exclamó diciendo: «¿qué es posible, señores, que ustedes, en quien tenia yo depositada mi confianza, quienes habian de ser mis padrinos y protectores, cuando ustedes mismos saben cómo me estoy gobernando?» A lo que se le contestó: «vístase V. E. muy pronto;» y dijo: «pues que me traigan la ropa que está junto á la cama;» la que le trajeron varios individuos, unos las medias,

otros los zapatos, otros el uniforme y otros la peluca.

En este intermedio se hallaba otra porcion de gente del pueblo por las viviendas del jardin para reconocer cuanto habia, y para que se levantase el coronel D. Manuel Jáuregui, cuñado de Iturrigaray (que se hallaba en esta ciudad en compañía de D. Juan Jabat, ambos comisionados por la Junta suprema de Sevilla); se levantó, en efecto, y llegó al salon, muy asustado, diciendo: «Señores, por Dios: mi hermana, mi hermana; ¿qué novedad es esta? Yo soy español completo y vasallo de nuestro católico monarca Fernando VII, y si vdes. saben el que yo sea delincuente en lo mas mínimo, aquí estoy á su disposicion;» y se le respondió: «sabemos que V. S. es hombre de bien y que ha obrado como fiel español, y á lo que hemos venido ha sido á aprehender á S. E.» Volvió á suplicar por su hermana, y que no se le hiciese perjuicio; á que se le dijo que la andaban buscando. A esto repitió que él la solicitaria y bajo su palabra de honor la presentaria. En efecto, se dirigió á las piezas mas interiores, y se encargó de llevarla luego que se vistiese. En este acto exclamó el virey, pidiendo le trajesen á sus hijos, los mismos que le fueron presentados, y el menor lo trajeron cargado; cuyo inocente todo era reirse. Asimismo preguntó por el estado de la vireina, y se le respondió no tuviese cuidado, pues no se le ha insultado en lo mas mínimo á su persona, que se estaba vistiendo, y en cuanto concluyese se la traeria.

Acabado de vestirse S. E. en el salon donde se le sorprendió, se le pidieron todos los papeles que tenia reservados, y convino en que los entregaria, como lo verificó, yendo en compañía de la tropa que lo custodiaba al gabinete de su despacho; y estando dentro sacó la llave de una pape-

lera y escritorio, y habiéndose abierto por él mismo, se encontraron varios papeles, como tambien medallas de oro y plata y perlas muy exquisitas (las mismas que dijo tenia compradas para la reina D^a Luisa); y cuando se comenzaba el reconocimiento, se advirtió por el pueblo que habia alhajas de valor; y para que estas se conservasen en su lugar sin extraviarse alguna, resolvió como por lo mas acertado el que se cerrase todo, como en efecto se cerró por el mismo virey, diciéndole guardase él propio las llaves, como sucedió, poniéndose solamente para resguardo de aquella pieza dos artilleros de centinela, con un cabo y cuatro paisanos.

Estando en esto, vino la señora vireina, acompañada de su hermano y la niña grande, como tambien de la escolta del pueblo; y habiendo visto á su esposo, exclamó con muchas lágrimas diciendo: «¡gracias á Dios que te veo, pues creia no encontrarte con vida, como tambien á mis hijos! ¿Adónde están?» Y habiéndoseles presentado, tomó en brazos al menor con muchas lágrimas, y le dijo á su hermano el Sr. Jáuregui: «¡Ah hermano infame, traidor! nos has vendido; tú has sido el traidor y tramador de esto, y bien podias habernos avisado.» A lo que respondió dicho Jáuregui derramando lágrimas: «¡Por Dios que no he sabido nada!» Y hablando así al pueblo, les dijo: «Señores, ¿vdes. me juzgan reo y participante de esto? Pues Dios que lo sabe, me castigue aquí mismo si me hallo culpado. Bien sabes, hermana, que hace dias te lo he pronosticado, diciéndote que tu marido seguia los mismos pasos que Godoy, y no lo he podido vencer; pues nadie es mejor testigo que tú de lo que yo he trabajado á fin de conseguir se dirigiese bien en su gobierno, en vista de que sabia yo tanto en España como en América, lo malquisto que se hallaba.»

Toda la familia fué reunida en una pieza, con bastantes centinelas, en donde se mantuvo por un largo espacio en conversacion tirada, entretanto fueron á traer al Illmo. Sr. arzobispo, al Sr. Garibay (quienes recibieron gran susto al irlos á despertar, diciéndoles que el virey estaba preso), á los señores oidores y demas autoridades de esta capiial, que fueron traídos inmediatamente, todos con sus correspondientes escoltas.

Asimismo fueron á traer al sargento mayor de plaza D. Juan Noriega, é imponiéndolo de lo que en aquel momento acababa de suceder, se levantó luego luego de la cama; y para evitar alguna conmocion en los cuarteles y cuerpos de guardia, puso una sucinta orden, de este tenor: «Son las dos de la mañana: hay gran novedad: nadie se mueva de su cuartel, guardia ó puesto, y todas las patrullas que deban reconocer al vicac, hagan alto allí hasta nueva orden mia.» Con lo cual quedó asegurada la quietud, y se fué tambien á palacio.

Al Illmo. Sr. arzobispo se condujo en silla de manos por lo mas pronto, y salió de su palacio con un crucifijo en la mano á unirse con los demas señores que debian entrar á la sala del real acuerdo. Y estando esperando al portero para que abriese, viendo que no parecia se rompió la primera puerta, en cuyo tiempo llegaron las llaves: se abrió la sala y entraron los señores al real acuerdo.

A las doce en punto de esta misma noche salió un piquete de artilleros de su cuartel, que los sacó un trozo del paisanaje, y para entrar á los almacenes donde estaba la artillería, se rompieron tambien las puertas y se sacaron cinco cañones para cargarlos con metralla, como se verificó en el patio principal de Palacio, y tener-

los listos para lo que se ofreciese; de manera que á las dos de la mañana ya estaban á nuestra disposicion para cuando bajaran los vireyes á sus destinos. Asimismo á todo el paisanaje de la faccion se les dió cartuchos con bala, como tambien las armas cargadas de que fué despojada la guardia, de las pistolas de la caballería y de las de las tres patrullas que en aquel acto se encontraron, que la una fué en la puerta de Palacio, y las otras dos en la calle, donde se las quitaron con intrepidez dos hombres solos.

DIA 16.

A las dos de la mañana de este memorable dia ya estaban todos los señores arzobispo, oidores y demas magistrados en el Palacio; inmediatamente entraron en acuerdo, y estando en él, pidió el pueblo la prision y separacion del gobierno del Exmo. Sr. virey D. José Iturrigaray y su familia.

A la Exma. Sra. se le preguntó á qué convento querla la llevasen, y respondió que al de San Bernardo; que queria correr la misma suerte que su marido, á quien le preguntaba muy llorosa que si iba, y él le respondió con la misma ternura, que fuese. Al instante fué conducida, acompañándole su niña, el niño chico, su hermano-el coronel Jáuregui, el señor inquisidor Alfaro, que la bajó de la mano, y la escolta del pueblo.

Este paso fué el mas tierno y doloroso que se presentó, al ver á esta señora salir de Palacio derramando muchas lágrimas por el corredor y escalera grande hasta llegar á la puerta principal, donde estuvo parada mas de un cuarto de hora mientras se solicitaba coche para conducirla, y no habiéndose encontrado ni dentro de la casa ni en la calle, se determinó fuese en la

silla de manos del Illmo. Sr. arzobispo, en la que caminó esta señora tan afligida y consternada, que al corazón más duro movía á compasión y lástima.

A las tres de la mañana sacaron al Sr. D. José Iturrigaray para llevarlo á la Inquisición, acompañado del señor alcalde de corte D. Juan Collado, del sargento mayor de plaza y más de sesenta hombres del paisanaje, hasta entregarlo al señor inquisidor D. Bernardo del Prado, y como el decreto de su prisión recomendaba fuese en paraje decente, según el carácter del preso, lo puso dicho señor inquisidor en su misma vivienda, donde quedó con bastante tropa del paisanaje, de la caballería de Michoacan que se mantuvo todo el día al frente de la puerta principal y con centinelas de vista arriba.

Entre dos y cuatro de la mañana salieron varios trozos de gente armada con orden de aprehender á los sujetos siguientes: Al Sr. Cisneros, abad de Nuestra Señora de Guadalupe; al señor canónigo Beristain; al padre mercedario Talamantes; al Lic. Azcárate; al Lic. Verdad y al Lic. Cristo, lo que se verificó con la mayor violencia, pues á las cinco de la mañana ya estaban todos presos, unos en San Fernando, otros en el Carmen y otros en la cárcel del Arzobispado, á donde primero que á todos se puso al secretario de cartas.

A las tres y media de la mañana salió un decreto del real acuerdo é Illmo. Sr. arzobispo para todos los conventos de esta capital, con la orden de que dada la alba, saliesen todas las comunidades á la calle y repartiesen todos los religiosos por todas las plazas y barrios, á fin de que se sosgasen al pueblo en caso de alguna conmoción ó movimiento, por el muchísimo sosiego que se notó.

A las cinco de la mañana se sacaron los

cañones del patio y se pusieron al frente de Palacio, apuntando á las bocacalles, habiéndose organizado ántes de esto todo el paisanaje en el patio principal de Palacio, donde se formaron diez compañías con sus respectivos oficiales y subalternos para guardar todas las guardias de la plaza, y fué hecha la distribución con el mejor empeño y actividad, por el sargento mayor de ella D. Juan Noriega, dando orden para que en todas las guardias se mezclasen todos á un mismo fin, como se verificó con mucha armonía, habiendo ido á la casa de moneda veintidos hombres, seis artilleros y un cañon cargado, que se colocó en la puerta principal para resguardo de dicha casa.

Otros sesenta hombres se mandaron á la Inquisición, con seis artilleros y un cañon que se colocó en la calle, frente á la casa del Sr. Prado, para impedir cualquier movimiento en defensa del reo.

El regimiento de caballería de Michoacan y el escuadron de tocineros, se repartieron en toda la ciudad en patrullas dobles, y se pusieron centinelas en todas las bocacalles de la plaza y circuito de Palacio, para que nadie pasase por la banqueta, y cuatro patrullas de caballería dobles se destinaron para que estuviesen rodeando dicho Palacio.

Entre cinco y nueve salieron diez extraordinarios para varias partes del reino. Asimismo se dió orden para que á marchas dobles retrocediese el regimiento de Celaya, que habia de empezar á entrar ese mismo día, y otra orden para que viniese el regimiento de dragones de México, también á marchas dobles; y sin embargo de la orden relativa al regimiento de Celaya, luego salió contraorden para que siguiese su camino, como lo verificó.

A las seis de la mañana todo el nuevo gobierno ya estaba todo organizado, de

modo que parecia cosa de sueño lo acaecido en tan pocas horas, pues todo este vasto vecindario se quedó tan lleno de asombro y admiración, que no hacian más que mirarse unos á otros sin hablarse palabra, al ver la plaza guarnecida de cañones y centinelas, y como estaba el comercio cerrado, causaba más pavor, y mucho más viendo tantas patrullas del paisanaje muy armadas y repartidas por todas las calles, pues no hay pinceles con que pintar una escena que carece de ejemplar, tanto por lo muy reservado de ella, como por lo bien discurrido y pronto, no habiendo habido más desgracia que un granadero muerto que hallándose de guardia en la cárcel de corte y visto á las doce de la noche un mormollo de gente, gritó preguntando *¿quién vive?* y fué respondido según estilo; pero desde luego estaba tan azorado de ver gente armada, que inmediatamente hizo fuego y llamó á su cuerpo de guardia para que hiciese lo mismo, por lo que le dieron un balazo, del que luego murió.

A las diez del día ya estaban los semblantes menos confusos al leer los papeles que se publicaron, noticiando la prisión de Iturrigaray por razones de utilidad y conveniencia general, por cuya razón ya se daban la enhorabuena unos á otros, por el feliz suceso de la empresa.

A esta hora salieron los señores del acuerdo, y se reconoció por virey de Nueva-España al Exmo. Sr. D. Pedro Garibay, habiendo habido besamano, y el Illmo. Sr. arzobispo hizo la visita de etiqueta, que correspondió S. E.

Todo el resto del día siguió con mucho orden y sosiego, patrullando todo México el paisanaje.

A las cinco de la tarde se publicó bando de orden de S. E. para que todos se pusiesen el distintivo de Fernando VII, y

se pasó oficio al cabildo eclesiástico, comunidades y parroquias para cumplir esta orden; de modo que da gusto ver á todo este vasto vecindario, pues hasta los carboneros lo traen.

Hoy se abrieron ya todas las oficinas públicas, talleres, casa de moneda y fábrica de tabaco, sin haber notado la menor falta de ninguno en el cumplimiento de sus destinos.

A las seis de la tarde se trajeron cuatrocientos cartuchos que habia en el Palacio de Chapultepec, los cuales estaban con doscientos y tantos quintales de pólvora encerrados secretamente por el Sr. Iturrigaray.

Al Padre Talamantes se le encontraron varios planes y papeles, relativos todos á una comisión del mismo señor.

A las siete de la noche se reforzó la guardia de la Inquisición con sesenta hombres más, y un teniente coronel para custodia del reo, con encargo que se le hizo de su persona; pero habiendo observado las conversaciones de ambos muy familiares, se disgustó tanto la guardia, que determinó á las once de la noche relevar á dicho teniente coronel, para evitar el ánimo que tenían hecho de pasar á cuchillo á los reos y á dicho teniente coronel.

Toda la noche siguió esta ciudad en un profundo silencio, estando patrullada por el paisanaje y caballería de Michoacan, habiéndose puesto centinelas por todo el cerco de la Inquisición y plazuela de Santo Domingo.

DIA 17.

La ciudad ha amanecido muy sosegada; las oficinas y talleres han continuado abiertos. El comercio de ropas es el que se mantiene cerrado, con el motivo de alternar en las guardias sus individuos, mezclados y